

## *Hacia un concepto de literatura alicantina*

*Al Dr. Francisco Sánchez-Castañer, ilustre y querido amigo.*

¿Existe una literatura individualizadamente alicantina, comprensiva, en espacio y sentido, del ámbito provincial alicantino? Y, de ser así, ¿cuáles son sus caracteres distintivos, las notas que pueden definir su concepto?

He aquí las dos preguntas básicas que han movido y mueven mis estudios literarios e históricos desde hace muchos años. A la consecución de su más adecuada respuesta he consagrado libros, artículos y conferencias, porque he de confesar mi convicción de que el pueblo alicantino se viene configurando siglo tras siglo en una unidad espiritual, partiendo del mundo complejo y vario que lo entraña, y ello, digámoslo, desde muchas centurias antes de su determinación provincial. Esta provincia, atendiendo al orden espiritual, se encuentra en el curso de un interesantísimo proceso de integración, empero las amenazas que se ciernen sobre ella. El antiquísimo y lento y seguro proceso unificador lo vieron antes que nosotros los beneméritos investigadores Manuel Rico García y Adalmiro Montero Pérez, cuando, bajo el noble mecenazgo de Alejandro Harmsen García, levantaron, en 1888, el importantísimo *Ensayo biográfico-bibliográfico de escritores de Alicante y su provincia*, cuya extensa nómina se inicia con el poeta Isa Ben Mohamad Alabderita, nacido en Elche el año 925. Los señores Rico y Montero se empeñaron en la empresa «de que la literatura y (los) escritores alicantinos sean conocidos y apreciados debidamente en la república de las letras (...). A darles la publicidad a que son acreedores muchos escritores que hoy yacen olvidados se dirigen nuestros constantes esfuerzos».

Y con tal ánimo, Manuel Rico y Adalmiro Montero nos legaron la citada obra, riquísimo catálogo de escritores nacidos en lo que es

hoy provincia, y en el que no se sabe, con palabras de Roque Chabás, su prologuista, «qué admirar más, si la paciencia en registrar obras impresas y manuscritos o su amor y entusiasmo por las cosas de su provincia. Aquélla sin éstos no se concibe; éstos sin aquélla resultarían estériles».

Tenía plena razón el ilustre cronista.

Pero nuestra intención, más que en biografíar, reside en descubrir los vínculos espirituales e ideológicos existentes entre los escritores que denominamos alicantinos por razón de su origen. Y, sobre este supuesto, nos atrevemos a anunciar la realidad de una literatura individualizadamente alicantina, aunque, naturalmente, no separada de la regional valenciana y de la nacional española.

Acerca de ésta, cuya raigambre se hunde en lo más remoto, su caracterización, según Ramón Menéndez Pidal, se halla determinada por los siguientes elementos: sobriedad, popularismo o arte para todos, austeridad ética y estética, cierta contradicción y tradicionalismo. La tesis de tan insigne maestro se funda en que el «carácter perdurable» de nuestra literatura nacional «responde a dos causas: propensión racial, mejor dicho, étnica, e imitación cultural de los conterráneos, tanto próximos como antepasados».

En pugna con el criterio de Farinelli, apologeta del individualismo, Menéndez Pidal enseña que «el pensamiento del hombre más original, más inventivo, debe un ochenta por ciento a esa fuerza vinculatoria externa a él, cuya formación colectiva y de mayoría se muestra sobre todo en el hecho observado de que frecuentemente las principales líneas directivas de una corriente dada fueron trazadas, no por los espíritus más eminentes, sino por los de segundo y tercer orden». Aquí Menéndez Pidal aboga por la permanencia de lo hispánico, cuya raigambre podemos descubrir «en los autores latinos de la Bética o de la Tarraconense, hallando una relación étnica, y no de mera imitación literaria, entre ciertas modalidades estilísticas de los autores hispanorromanos y la de los autores españoles»<sup>1</sup>.

Infiérese de lo expuesto que el vehículo lingüístico no conlleva de ninguna manera la caracterización de una literatura, pues la española, verbigracia, lo es desde la antigüedad con una u otra de las varias lenguas que se han hablado y hablan en el territorio patrio.

Si la lengua no fija la esencia que buscamos, tampoco la determina el factor geográfico estricto, por lo menos hasta que éste se incorpora a la «morada», usando un término de Américo Castro.

La esencialidad literaria se engendra y nutre de la fuerza de un espíritu con caracteres propios. A su caracterización respecto a la

<sup>1</sup> R. MENÉNDEZ PIDAL, *Los españoles en la historia y en la literatura*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951, p. 164.

española han tendido las investigaciones, además de la mencionada de Menéndez Pidal, de Marcelino Menéndez Pelayo, que la sustantiva en la catolicidad y en la improvisación; Vossler y Keyserling, que subrayan la influencia de los valores morales, sobre todo el senequismo y el quijotismo; Pfandl, Farinelli, Figueiredo, etc.

Ya dentro de estas galerías, vayamos a la contemplación de una literatura alicantina, subespecie de la española. Quiero decir que si la literatura nacional española es el género y la regional valenciana una de sus especies, la nacida del pueblo alicantino se mostrará, a su vez, como especie diferenciada dentro de la regional.

Y pensamos que si, de un modo lato, los escritores alicantinos conformasen esta literatura, a la luz estimativa de Rico y Montero, diremos, en sentido riguroso, que no siempre ni todos los escritores nacidos en estas tierras han revelado o revelan las notas determinantes, conceptuales, de la literatura alicantina. Recordemos que, cuando Carlos Arniches estrenó —28 de junio de 1901— *Dolorettes*, se vio claro que el ser alicantino de esta zarzuela no radica en que su autor naciera en Alicante, sino, como él confesó en 1935, en el espíritu. «Mi alicantinismo —dijo el comediógrafo— tiene la raíz honda de mis generaciones anteriores y la de mi formación espiritual de aquella atmósfera llena de luz, de vida, de naturaleza pródiga»<sup>2</sup>.

Es, por tanto, esa atmósfera espiritual y vital la que decidió que este escritor alicantino por su origen lo sea también porque en su obra son ostensibles los caracteres de la literatura alicantina.

En mi libro *Literatura Alicantina*, publicado en 1966, dejo constancia de los caracteres que, a mi entender, configuran la especificidad alicantina. Son, entre otros, la liberalidad, el amor a la Naturaleza, la concepción animista o hilozoista de la misma, la generosidad, notorio afán de independentismo o individualismo, actitud democrática en lo político y en lo social, predominio de la afectividad y una cierta inconstancia.

Estos caracteres determinan en mayor o menor grado la esencia de la literatura alicantina. Consecuentemente se puede y hasta se debe hablar de esta literatura, si es que hay escritores nacidos en esta provincia y si en sus obras se reflejan algunos de los caracteres enunciados.

La literatura española, llamada así por su perdurable españolidad o, mejor, hispanidad, lejos de ser monolítica, se desenvuelve como un «conjunto sinfónico», dicho con palabras de Guillermo Díaz-Plaja<sup>3</sup>, a quien debemos «una discriminación de características estéticas a

<sup>2</sup> En *El Luchador*, Alicante, 8 de julio de 1935.

<sup>3</sup> G. DÍAZ-PLAJA, *La ventana de papel*, Barcelona, Ed. Apolo, 1939, p. 2937.

base de la geografía. Pero dejando el necesario margen al espíritu de creación, a la genialidad viva».

Sobre tal presupuesto, Díaz-Plaja analiza las diversas literaturas regionales españolas. Y al tratar de la valenciana, escribe: «Aragón es seco, enterizo, primario. Cataluña es todavía equilibradamente clásica. Valencia es ya barroca, dionisiaca. El escritor se hunde en su paisaje con una delectación morbosa, embriagándose en él, viéndolo, oyéndolo, gustándolo, oliéndolo, tocándolo.» Y al hilo de estas palabras, Díaz-Plaja cimenta su tesis en las obra de tres escritores —Blasco Ibáñez, Azorín y Miró—, de los cuales, uno es de la provincia de Valencia, y los otros dos, de la de Alicante.

Vista la genérica caracterización literaria regional valenciana, precisemos los límites de la específica alicantina, pues esta provincia, considerada como un todo físico-espiritual, ofrece cualidades distintivas de la valenciana. Dice Salvador de Madariaga: «Hay al sur de Valencia una región, históricamente en el Reino, espiritualmente distinta: es la provincia de Alicante. Al norte de ella se extienden las llanuras de Valencia; al este, el mar latino; al noroeste, la Mancha. Así como Galicia es la transición entre el Portugal lírico y la Castilla dramática, así Alicante es la transición entre la Castilla dramática y el Levante plástico. Aquí el espíritu de Castilla toca al espíritu levantino (...). El sentimiento dramático del hombre emerge de las honduras de la concentración y toca al sentimiento plástico. Esta zona, delicadamente situada del espíritu español se halla representada en las letras españolas por Azorín y Gabriel Miró»<sup>4</sup>.

Antes que Madariaga escribiera lo transcrito, ya advirtió Azorín esa diferencia geográfico-antropológica entre las dos provincias hermanas. Y dijo: «Tal vez en las estepas valencianas el hombre sea aún capaz de pasiones indómitas y ciegas; pero, poco a poco, a medida que desde Valencia se pasa hasta Alicante, se observa que el paisaje ha ganado un matiz de severidad, de adustez; la campiña ondula en oteros y recuestos grisáceos; la vegetación, más parca, más brillante, cubre a trechos la tierra amarillenta, rojiza, azulada; a los naranjos han sucedido los almendros y los granados, de tronco seco, retorcido, acerado. Acaso de tarde en tarde una palmera —la última palmera— perfila en la lejanía luminosa, espléndida, sus ramas curvas. Y en los espíritus una discreta indiferencia, un escepticismo jovial y suave, vela las hondas, extremadas ideas»<sup>5</sup>.

Como me parece innecesario proseguir aportando argumentos en pro de la personalidad alicantina, dispongámonos ya a revelar muy

<sup>4</sup> S. Madariaga, *De Galdós a Lorca*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1960, p. 189.

<sup>5</sup> AZORÍN, *Tiempos y cosas*, Zaragoza, Librería General, 1929, p. 117.

en síntesis la presencia de los caracteres perdurables de la alicantinidad en las obras de algunos insignes escritores de esta provincia.

Traigamos en primer lugar el nombre de Rafael Altamira Crevea, decidido defensor de la autoctonía de su pueblo nativo. Así se muestra en las confesiones hechas a J. Pastor Williams, estudiando el arraigo liberal de sus conterráneos. Dice: «... hallo más bien —es materia en la que he pensado muchas veces— una causa tradicional, autóctona, perpetuada a través de los siglos y acentuada por el individualismo ibero, y, por otra parte, una lejana influencia griega que obró en nuestra zona levantina a modo de semilla inmortal»<sup>6</sup>.

Altamira sostiene también la concepción hilozoista de la Naturaleza, pues en muchas ocasiones habla del «espíritu de las cosas»<sup>7</sup>, del «sentimiento del campo»<sup>8</sup> y de su alma: «Toda esta quietud apaciguadora del campo —escribe—, este reposo infinito bajo el cual hay, sin embargo, una actividad incesante y asombrosa»<sup>9</sup>.

Secuela de tal pensamiento metafísico es este otro de orden moral, relativo a la consecución de la perfectibilidad humana, ya que «el campo hace más buenos a los hombres», según dice uno de los personajes de *Cuentos de mi tierra*, o, como afirma en la novela *Reposo*, «el que vuelve a la Naturaleza recobra al punto el equilibrio de su alma».

Íntimamente entrañada en ambas ideas, la de Dios es concebida a modo de eterna realización de la Justicia, por lo que con sus palabras debemos «esforzarnos cada día más, con actos nuestros, en ayudarla y merecer su comprensión y misericordia»<sup>10</sup>.

Se vislumbra aquí la tesis de una divinidad justiciera, animadora y rectora, desde lo óntico, de toda especie de ser.

La concepción de Dios como alma universal se pone más de relieve en otros escritores alicantinos. Así, por ejemplo, en José Martínez Ruiz, de Monóvar, quien en la parte primera, capítulo cuarto, de *Antonio Azorín*, habla de que «hay una energía, una voluntad, una inteligencia o como queramos llamarlo que mueve la planta como el mineral y como el hombre, y hace esplender en ellos la vida, y los lleva al acabamiento, de que han de resurgir de nuevo, en una u otra forma, perdurablemente».

A la creencia en este espíritu universal e informante de todo ser une el gran escritor la teoría heraclitiana del retorno incesable y de la transformación continua de todo cuanto es. Y, por esta filosofía, el morir consiste en un regresar al seno infinito del alma universal

<sup>6</sup> V. RAMOS, *Rafael Altamira*, Madrid, Ed. Alfaguara, 1968, p. 311.

<sup>7</sup> R. ALTAMIRA, *Mi primera campaña*, Madrid, 1893, pp. 78-79.

<sup>8</sup> V. RAMOS, *Rafael Altamira, ob cit.*, p. 312.

<sup>9</sup> R. ALTAMIRA, *Cuentos de mi tierra*, Madrid, 1925, p. 94.

<sup>10</sup> R. ALTAMIRA, *Cartas de hombres*, Lisboa, 1944, p. 134.

de las cosas, y la vida —leemos en el capítulo catorce, parte segunda, de la obra citada— brota necesariamente de la muerte: «... no hay nada estable en el Universo —afirma—; las formas se engendran de las formas anteriores».

Azorín mantiene, pues, la doctrina de una última y definitiva identidad de lo individual con lo universal, supremo punto de la voluntad eterna. Dentro de esta concepción y discurriendo con rigor, no es posible admitir un ulterior destino personal tras la muerte. Si la vida individual es la realización en el tiempo de un proyecto existencial elegido libremente, nuestro fin ha de consistir en la confusión con el todo.

Dicha Voluntad —en otras páginas se muestra como Inteligencia— se identifica con la Naturaleza, concepto sinónimo de Amor y Vida. Y, así, dijo Azorín que, «cuanto más se comprenda y ame la Naturaleza, tanto más nos sentiremos alzados al infinito»<sup>11</sup>.

El animismo o vitalismo azoriniano —posición filosófica muy arraigada en el pueblo alicantino— es evidente: «Las pasiones —dice el ilustre prosista—, que nosotros creemos que sólo en el hombre alientan, alientan también en toda la Naturaleza. Todo vive, ama, goza, sufre, perece. El ácido y la base se estrechan con la sal; el cilandro ama el anís; el hombre ansía las bellas criaturas que palpitan de amor entre sus brazos»<sup>12</sup>.

Mas, sin duda, ha sido Gabriel Miró, nacido en la capital, pero hijo de alcoyano y oriolana, quien con mayor lucidez y hondura ha destacado esta teoría de la Naturaleza, básica, a mi juicio, de la personalidad alicantina.

En su primer novela, titulada *La mujer de Ojeda*, vemos cómo para Carlos Osorio —es decir, para Miró— todo «tenía un interés vivísimo: el vuelo del insecto, el rumor del agua, el gemido del aire, la voz de las selvas. El canto de un ave detenía su paso; el sereno espectáculo de una puesta de sol le abstraía; la suavidad, el silencio de un crepúsculo llevaba a su alma un enternecimiento intenso... ¡Qué Dios tan grande el suyo! ¡El sí que sentía y veía el reflejo de la Divinidad en todo lo creado! ».

El vitalismo mironiano, mejor, el sigüencismo, caracteriza toda la obra del genial escritor. He dejado dicho en otras páginas que «el sentimiento religioso de Miró hay que entenderlo siempre en función de su sentimiento de la Naturaleza, que es religiosa por su esencialidad y destino».

La Naturaleza es un inmenso, inabarcable e indefinible ser animado; es multiforme substancia, creadora de cuerpos y almas, aspectos

<sup>11</sup> AZORÍN, *Obras completas*, Madrid, Ed. Aguilar, t. IV, p. 155.

<sup>12</sup> AZORÍN, *O. c.*, t. I, p. 1016.

de ella misma, ya que, como muy bien dice Joaquín Casaldüero, en el gran alicantino, «materia y espíritu forman una unidad»<sup>13</sup>.

En *Nómada*, su autor declara que, «debajo del mundo, de todas las cosas», corre «un infinito y delicado sensorio, un alma universal», y el protagonista de *La novela de mi amigo*, el pintor Urios, exclama, dirigiéndose a su esposa y a unas vecinas: «¡Mirad el aire; sólo os pido que miréis! ¿No veis, no descubris nada dentro? ¡Pues todo hierve de gérmenes ansiosos de vida!»

Como secuela de tan patente animismo, Gabriel Miró, más que humanizar las cosas —fácil y errónea estimación en la que caen muchos críticos—, lo que pretende es naturalizar al hombre, cuya perfectibilidad sólo es posible por el retorno al seno supremo de la vida. Arquetipo de este ideal es Félix, protagonista de *Las cerezas del cementerio*, quien, al decir de Miró, su creador, «verdaderamente mantenía con la Naturaleza un íntimo y claro coloquio, semejante al del alma mística con el Señor», por lo que anhelaba «ser él también inmenso y leve, trocándose en azul, en bosque, en silencio, en todo, en nada, y sentía desbordada el alma, cayendo en espacios infinitos, como un torrente despeñado que nunca hallase madre».

Y este dolorido y romántico Félix, al hallarse en la gloriosa cumbre de la tierra Aitana, se postró, sobrecoigido, por lo inmenso «de un beso infinito y voraz que le exprimía la vida. Le sorbía el cielo —añade Miró—, las lejanías anegadas de nieblas, los abismos, toda la tierra, que temblaba bajo un vaho azul; sentía deshacerse, fundirse en las inmensidades».

Esta concepción del ser humano es la misma que ya hemos registrado en Azorín. Por eso el relato mironiano *Los amigos, los amantes y la muerte* nos ofrece la más rotunda afirmación de lo vital: «¡No hay muerte! (...). Mira la noche, mira los mundos (...). Todo sigue. ¡Oh la suprema fusión con el Todo para ser amado en él!»

A esta luz de la estética alicantina, se deduce la intelección de la Divinidad como la de «un Dios —dice Miró— que infunde constantemente la vida (...), un Dios que sólo puede presentirse en el arte, en el amor, en los profundos dolores, en raptos inefables»<sup>14</sup>. Un Dios, agregamos, casi sinónimo de Naturaleza con diferencia suficiente para evitar el panteísmo.

También en otra voz tan alicantina como universal, voz que nos llega del viejo hontanar de Orihuela, estas concepciones adquieren formidable altura lírica y plena resonancia ideológica. El pensamiento dinámico de lo que llamamos materia; la animación evolutiva y eterna

<sup>13</sup> J. CASALDUERO, *Estudios de literatura española*, Madrid, Ed. Gredos, 1962, p. 264.

<sup>14</sup> G. MIRÓ, *Obras completas*, Madrid, Ed. Biblioteca Nueva, 1949, p. 197.

de todo cuanto existe es sustrato básico que urge conocer para el cabal entendimiento de la obra de Miguel Hernández.

Como en Miró —en cuya luz de mediodía tanto aprendió y tanto gozó el gran poeta—, espíritu y materia son, para Hernández, idénticos.

Su propia relación de hombre y Naturaleza nos descubre las líneas de un neto vitalismo, además de la profundísima complacencia que experimenta al sentirse en posesión de lo que ontológica y sensualmente es suyo:

*«Desnudos, sí, desnudos,  
el verde es más suave,  
los guijarros más rudos.  
Aspira los olores campesinos  
de par en par el poro»<sup>15</sup>.*

El ser humano, al percibir el tacto infinito de la Naturaleza, gana en grado de humanidad a medida que crece en grado de naturalización. Idea exactamente la misma a la que inspiró tantas páginas de Miró.

En el campo —cátedra donde el poeta aprehendió hasta la raíz las más esenciales verdades—, Miguel Hernández se autorrevela hombre y poeta, ya que, en él, decir campo es afirmar sinceridad, autenticidad. Por contra, lo urbano —también, como en Miró— coincide con lo artificioso, lo que de suyo es antinatural.

En la ciudad, anegada por corroída atmósfera, «no coincide ningún reloj, ningún amor», asegura el poeta. Testimonio magnífico de tales sentimientos es el famoso poema *El silbo de afirmación en la aldea*, donde se puede leer:

*«Iba mi pie sin tierra, ¡qué tormento!,  
vacilando en la cera de los pisos,  
con un temor continuo, un sobresalto,  
que aumentaban los timbres, los avisos,  
las alarmas, los hombres, el asfalto.»*

El escritor olecese participa del dolor de los árboles, allí, enjaulados, y evoca con muy tierna nostalgia las imágenes de la huerta y de los lejanos montes nativos:

*«¡Ay! ¿Dónde está mi cumbre,  
mi pureza, y el valle del sesteo  
de mi ganado aquél y de su pastura?  
Y miro y sólo veo  
velocidad de vino y de locura.  
Todo eléctrico: todo de momento.»*

<sup>15</sup> M. HERNÁNDEZ, *Obras completas*, Buenos Aires, Losada, 1960, p. 101.



Repitamos, en este punto, una vez más la tesis que se desprende de las obras literarias de los alicantinos en cuanto refleja fielmente uno de los más señalados caracteres de la alicantinidad: el hombre enriquece sus tesoros de paz interior, de bondad, de hombría, a medida que estrecha e íntima su vinculación con la Naturaleza. En cambio, el apartarnos de ésta nos arroja a la honda oscuridad y al no ser. Dice Hernández:

«¡Qué abismo entre el olivo  
y el hombre se descubre!»<sup>16</sup>.

Con el mismo impulso y con idéntica ansia que Félix, Encarnación, la heroína de *El labrador de más aire*, aniquilada por el dolor que le causó la muerte de Juan, confiesa:

«Quiero quitarme esta pena,  
y vestirme de mortaja,  
y esparcirme como arena,  
y aventarme como paja.  
Molerme como semilla,  
perderme en el polvo vago»<sup>17</sup>.

Detengamos por un momento la atención en este *perderme*, pues, rigurosamente hablando, se trata, como en Miró, de un pensamiento totalmente opuesto: es un *encontrarme*, al convertirse el ente individualizado, personalizado, en el genérico y anónimo «cosa de Dios». Dicho de otro modo, en virtud de esta nota característica de la literatura alicantina, cuanto se nos aparece como fenómeno se resuelve, siempre que coincide consigo mismo, en el todo real y único:

«Como después de vivos  
nos hacemos terrestres, vegetales  
en esencia, en presencia y en potencia»<sup>18</sup>.

Este universal vitalismo desvanece casi por completo la idea tradicional y oscura de la muerte, pues ésta —como en Azorín, como en Miró— es, en la cosmovisión hernandiana, un nacer a la Vida total, cuyo nombre más exacto es el de Tierra:

«En esta gran bodega donde fermenta el polvo,  
donde es inútil ingerir sonrisas,

<sup>16</sup> M. HERNÁNDEZ, o. c., p. 315.

<sup>17</sup> M. HERNÁNDEZ, o. c., p. 803.

<sup>18</sup> M. HERNÁNDEZ, o. c., p. 99.

*pido ser cuando quieto lo que no soy movido:  
un vegetal, sin ojos ni problemas;  
cuajar, cuajar en algo más que en polvo,  
como el sueño en estatua derribada;  
que mis zapatos últimos demuestren ser cortezas,  
que me produzcan cuarzos en mi encantada boca,  
que se apoyen en mí sembrados y viñedos,  
que me dediquen mosto las cepas por su origen»<sup>19</sup>.*

Me parece claro, tras lo expuesto, que tanto Altamira, Azorín y Miró como Hernández concibieron a Dios como Inmanencia más que como Trascendencia. Aquel Dios, casi humanizada divinidad de la creencia hogareña, Dios personal y confesional, admitido y querido en años de adolescencia, se fue poco a poco despojando, diríamos, desnudando de atributos antropomórficos hasta quedar perfecto, limpio y único ser, eterno ser, incomprensible ser, que, unas veces, se le reconoce como «Silencio», otras como «Perfecto Anillo» o también con las denominaciones del «Sin-Que» y «Por-Que».

En definitiva, el hiloísmo hernandiano, visible asimismo en los escritores alicantinos representativos en mayor o menor grado del pueblo al que pertenecen, desemboca en un animismo de factura tan religiosa como biológica:

*«Por la gracia de Dios —¡ved!—, casi todo,  
Gran-Que-de-la-nada-de-los-casis.»*

Y finalizamos este breve ensayo en el que hemos intentado probar, con muy pocos ejemplos, la existencia de una literatura alicantina, porque prueba la permanencia de unos caracteres esenciales, reveladores, a su vez, de un pensamiento colectivo.

Vicente RAMOS  
Biblioteca Gabriel Miró  
Alicante (España)

<sup>19</sup> M. HERNÁNDEZ, o. c., p. 244.